

LA ACTUAL SITUACION ESTRATEGICA EN EL PACIFICO SURORIENTAL *

Rigoberto Cruz Johnson
Vicealmirante

SIENDO Jefe del Estado Mayor de la Defensa me cupo participar en las reuniones de contacto con el Pentágono, orientadas a actualizar la planificación de la defensa hemisférica en nuestro sector de responsabilidad.

El escenario adoptado para tal efecto considero, lógicamente, la posibilidad de una amenaza soviética a las comunicaciones marítimas occidentales en el Pacífico sur, dentro del marco de una hipótesis de confrontación Este-Oeste.

De las conversaciones sostenidas y estudios realizados, muchos de ellos secretos y que por lo tanto no pueden ser divulgados en el ámbito académico, surgieron algunos elementos claves para definir cuál debía ser la actitud más adecuada para enfrentar la potencial amenaza, los factores de debilidad a minimizar y los factores de fuerza a optimizar; fueron buscadas respuestas para satisfacer el triángulo del pensamiento estratégico —ideas, procedimientos y medios— conducentes a definir una estructura de fuerza, su desarrollo, organización y entrenamiento.

Todo lo anterior tras el logro fundamental de la estrategia marítima, cual es mantener sin interrupción las líneas de comunicaciones marítimas (LCM) vitales para el esfuerzo bélico, neutralizando al enemigo que las amenaza.

Al respecto, la estrategia marítima nos hace ver que en un conflicto mundial existirá un bloque de naciones que necesita del mar para la subsistencia de su esfuerzo bélico. Podrá de-

fender algunos o varios mares, en la medida que su poder naval esté preparado para ello; algún mar quedará indefenso. Si uno de esos mares es el escenario de la lucha por las LCM vitales para el esfuerzo bélico, su control será decisivo: Será el "mar de la decisión".

El Almirante Weggener, en su estudio sobre las operaciones navales de la Primera Guerra Mundial, nos enseña que Alemania no pudo salir de bahía Alemana para operar contra las LCM británicas que discurrían por el mar del Norte. Inglaterra comprendió claramente su importancia y estableció un bloqueo militar desde su base en Scapa Flow, que mantuvo a la flota alemana en sus puertos hasta que las condiciones condujeron a la Batalla de Jutlandia. Los alemanes, grandes tácticos y excelentes marinos, consiguieron infligir importantes bajas a la flota británica, pero debieron resignarse a regresar a sus bases. Su brillante éxito táctico no tuvo repercusión estratégica al no conseguir romper el bloqueo. Los británicos siguieron dueños del mar del Norte; su control resultó decisivo para el resultado de la guerra.

La Segunda Guerra Mundial nos permite observar lo ocurrido en el mar Mediterráneo. El General Rommel necesitaba en forma imprescindible recibir abastecimientos y armas para derrotar a Montgomery. Alemania reincidió en no comprender la importancia que tendría en el conflicto el control de ese mar. Dejó su disputa en manos de la flota italiana, incapaz de superar a la flota británica, que la destruyó

* Ponencia presentada por el autor, como Director Ejecutivo del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada, durante el seminario "El ambiente estratégico latinoamericano: Crisis y oportunidades", efectuado en el Instituto de Estudios Internacionales, de la Universidad de Chile, el 8 de enero de 1992.

en Tarento y Matapán. Rommel debió doblegarse y Montgomery conquistó África del Norte, con lo que resultó imposible que las fuerzas de Von Paulus, que bajaban desde Stalingrado, pudieran contar con el apoyo de Rommel en el Medio Oriente y los Balcanes. Esto debilitó la espalda estratégica del frente ruso y todos sabemos lo ocurrido posteriormente. El control del Mediterráneo era decisivo.

Durante los años de la guerra fría y ante una confrontación bipolar global, la ex Unión Soviética se preparó para cortar las LCM del bloque occidental, desarrollando un poder naval sin paralelo en la historia. Sus cuatro flotas estarían en condiciones de disputar el mar del Norte, el Mediterráneo, el Índico, el Atlántico norte, el Caribe, el Pacífico oriental, el mar del Japón y el de las Filipinas. En todos esos escenarios, el mundo occidental tiene medios para sobrellevar la amenaza, aunque a costa de grandes y significativas pérdidas. Sin embargo, no tiene una fuerza de consideración para mantener expeditas las LCM que corren desde el cabo de Buena Esperanza hacia el norte, a lo largo de África, por donde es transportado el 40 por ciento del petróleo que necesita Estados Unidos para mantener funcionando su complejo industrial de la costa este, así como de minerales estratégicos indispensables para la industria bélica, provenientes mayoritariamente de África central y del sur.

Estados Unidos también recibe, por la ruta del Cabo, cromo de Sudáfrica y cobalto de Zaire, que provee el 40 por ciento de los requerimientos, y no podemos olvidar los aportes de Argentina y Brasil a través del Atlántico.

En este difícil escenario, las fuerzas occidentales tampoco cuentan con los medios suficientes para asegurar la ruta que corre desde el cabo de Buena Esperanza hacia el mar de Drake y el Pacífico sur.

La ex Unión Soviética, consciente de esta debilidad planificó un complejo de posiciones en la costa oeste de África y en el golfo de Guinea, con las cuales apoyaría una quinta flota con la misión de lograr el control del Atlántico sur, en el cuadrilátero comprendido entre Sudáfrica, el cabo de Hornos, Brasil y el Congo.

Sería un enfrentamiento de la más profunda validez, en términos de estrategia marítima; sería la comprobación de la teoría por la práctica: La lucha por el control de las LCM vitales para Occidente.

Quien triunfara lograría un significativo éxito estratégico.

El escenario sería el Atlántico sur; su control sería decisivo.

Quien así lo comprenda y se prepare mejor

para resolver con éxito este problema estratégico creará las condiciones favorables para el triunfo final.

La ex Unión Soviética ha demostrado su voluntad estratégica y se planteó en forma evidente hacia ello.

Estados Unidos no tiene los medios suficientes, la posición estratégica ni las facilidades políticas para desarrollarla. Por lo tanto, una medida que salta a la vista consiste en desviar todo o la mayor parte de ese inmenso tráfico marítimo por la ruta del mar de Drake y los pasos australes, a través del Pacífico suroriental, a través del mar de Chile.

Sin embargo, en este escenario se aprecia una delicada situación: Se trata del mayor espacio oceánico del mundo y las tierras desde donde se puede apoyar al esfuerzo marítimo; las llamadas "posiciones estratégicas marítimas" se encuentran a miles de millas náuticas de las mismas LCM sobre las que las fuerzas deben gravitar.

No obstante, inevitablemente deben confluír frente a Chile y surcar nuestro Mar Presencial.

Los satélites de observación no tienen órbitas adecuadas, la exploración aeromarítima resulta dificultosa y el relieve del fondo marino favorece admirablemente el ocultamiento y la operación de los submarinos adversarios.

Entonces, la decisión se traslada al Pacífico y por ello Estados Unidos debe mirar seriamente la necesidad y conveniencia de contar con la amistad y la ayuda de Chile y de otros Estados ribereños de este difícil escenario, para que desde sus puertos y bases aéreas pueda ser utilizado el poder naval aliado en forma que permita superar el desafío.

He ahí el fundamento para los pactos de ayuda mutua, para las transferencias o ventas de material apropiado, para la organización y el entrenamiento de fuerzas combinadas.

He ahí el fundamento para la existencia de la Junta Interamericana de Defensa, del Colegio Interamericano de Defensa, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y de las operaciones UNITAS.

Cierto es que estos organismos y ejercicios se plantean como valiosos para la paz continental y la seguridad colectiva, pero no es menos cierto que su existencia resulta vital para los intereses y la seguridad de Estados Unidos.

Es por ello que, a pesar de todos los vaivenes de la política contingente que se dieron en nuestros países durante los largos años de la tensión Este-Oeste, las relaciones entre las Fuerzas Armadas de Estados Unidos y las nuestras se mantuvieron, a pesar de las diferencias,

a pesar de la Enmienda Kennedy y de otras presiones; se mantuvieron porque les convienen, porque les eran indispensables.

¿Qué pasará en el futuro, ante el cambio de situación, ante el nuevo orden mundial unipolar?

Resulta interesante dar una mirada a lo que dice el informe del Secretario de Marina de Estados Unidos a la Comisión del Congreso, para fundamentar el presupuesto para 1992-1993, documento que ha llegado a mis manos y que es de público acceso, pero estimo que de escasa difusión, por lo que me permitiré extractar algunos de sus párrafos que considero orientadores para nuestra posición ante el tema en análisis. El Secretario de Defensa, el Honorable Lawrence Garrett III, en su exposición se refiere repetidamente a la Unión Soviética, porque su informe es de fecha poco anterior a la creación de la nueva Mancomunidad de Estados Independientes, pero ello no resta validez a sus consideraciones y conceptos estratégicos.

En la página 2, dice: "La Operación Desert Shield es la mayor, mejor apoyada y más exitosa operación de bloqueo marítimo asumida por los Estados Unidos en la historia. En apoyo del embargo decretado por la ONU detuvimos e interceptamos más de 7 mil buques. Nada llegó a Iraq por el mar".

"Saddam Hussein aprendió muy duramente la más esencial lección de poder naval: Se tiene la capacidad para mantener expeditas las LCM para asegurar el bienestar económico de la nación, o no se la tiene".

En la página 3, respecto a la política naval plantea que: "Los Estados Unidos han sido el más prominente poderío marítimo desde el término de la Segunda Guerra Mundial. Hoy, sin embargo, estamos enfrentados a severas reducciones de fuerzas navales. También estamos ante cambios en el panorama de la seguridad mundial. Nuestro desafío es mantener nuestra tradicional presencia naval, a pesar de los efectos de estos cambios".

"Nos encontramos en medio de una ironía histórica. Mientras el mundo avanza hacia una democratización, los conflictos continúan en el Asia sudoriental. Los sucesos de la Unión Soviética son también causa de real preocupación".

"Existe la percepción general en los Estados Unidos que el mundo ya no está frente a una amenaza soviética de corto plazo".

"En lugar de un mundo amenazado por una confrontación bipolar de las superpotencias hay un panorama que estará conformado por intereses multipolares y conflictos regionales".

"Debemos para ello retener los elementos convencionales y la capacidad nuclear disuasiva, así como la flexibilidad necesaria para responder a estas amenazas en cualquier lugar del mundo".

"La meta de nuestro programa de defensa es contar con fuerzas flexibles, desplegadas con antelación a cualquier conflicto. Habrá limitaciones para ello. Es posible que no podamos contar con bases de ultramar como anteriormente. Fuerzas autosuficientes en la mar deberán jugar un rol central en las etapas iniciales de futuras crisis".

En la página 5 dice: "Nuestra amenaza tradicional ha sido la Unión Soviética, pero ahí observamos cambios fundamentales. Las nuevas autoridades desearán un clima internacional más calmado, en especial con los Estados Unidos. Ellos querrán enfocarse a su economía interna y sus preocupaciones políticas. Sin embargo, la situación no deja de ser inquietante".

"En el campo naval continúa siendo tan capaz como lo era seis años atrás".

"Hemos visto cambios políticos y claras intenciones de una actitud defensiva, pero sería imprudente descartar una amenaza".

"No debemos adoptar ninguna acción irreversible por nuestra parte, mientras esa capacidad naval sea tan formidable y mientras el escenario político sea tan inestable como impredecible".

Respecto a la estrategia naval plantea que: "Si nuestra estrategia para la guerra fría fue de contención, nuestra nueva estrategia debe ser de estabilidad, con énfasis en la presencia de tiempo de paz y evitar conflictos regionales. Debemos evitarlos donde podamos, comprometiéndonos militarmente sólo cuando resulte obligado".

En la página 6 agrega que: "En el nuevo orden mundial podemos vernos ante un creciente énfasis marítimo, principalmente porque el futuro de contar con bases de ultramar es, a lo menos, problemático. Sería un error replegarnos a la 'fortaleza de los Estados Unidos'. En cambio, debemos asegurarnos que elementos de todas las fuerzas, en particular las navales, estén desplegados con antelación, para mantener el disuasivo convencional y la capacidad para responder a cualquier crisis".

"Nuestra nación debe mantener la capacidad de responder a un cambio rápido en la situación estratégica, que pudiera retornarnos a una confrontación bipolar global. La capacidad de reconstituir fuerzas rápidamente significa que, en términos de política, debemos adoptar decisiones con antelación".

"Esto es particularmente crítico para las

fuerzas navales, dado que la construcción naval es compleja y de largo plazo”.

“Es imperativo que nuestra base industrial naval sea preservada”.

Concluye diciendo que: “El ambiente de la seguridad internacional está cambiando y enfrentamos una diferente complejidad de amenazas en el mundo. Existe aún el riesgo potencial de una confrontación de superpoderes. Apoyaremos por ello una sólida infraestructura para reconstituir las fuerzas que sean necesarias si los cambios en la Unión Soviética lo requieren”.

“Dentro del contexto de la continua democratización de la Unión Soviética, estamos comprometidos en un proceso de reducción de fuerzas, pero no por el propósito de hacer reducciones en el presupuesto, sino porque tales cambios resultan sensatos”.

“No reduciremos nuestras capacidades a tal punto que el riesgo a los intereses de nuestra nación resulte inaceptable”.

“Estamos buscando cambios en nuestra estrategia y estructura de fuerzas en forma inteligente, de tal modo que podamos responder con fuerzas navales cuándo y dónde sea necesario”.

¿Pero cómo afectan estos cambios en la situación, estos conceptos de las autoridades navales estadounidenses, a nuestra posición en relación a la estrategia marítima en el Pacífico suroriental?

Como marino y Oficial de Estado Mayor me parece prudente pensar que el desaparecimiento de la Unión Soviética, si bien augura mejor futuro para las relaciones, no significa el desaparecimiento de la mayor armada del mundo, del enorme arsenal nuclear que hoy controla la Rusia de Boris Yeltsin, del ejército y la aviación que tanto preocuparon a la OTAN.

La Mancomunidad de Estados Independientes, superada la crisis y consolidada su estabilidad interna, entrará vigorosamente a luchar por el sitio que tenía la Unión Soviética; a luchar por sus intereses nacionales permanentes, por su economía, sus mercados y sus fuentes de abastecimientos y alimentación.

Creo que las grandes flotas pesqueras soviéticas, que depredaban nuestros mares y que recogían inteligencia, a pesar de las dificultades que tenían para apoyarse en los puertos de los países no proclives a su ideología política, encontrarán a futuro menos dificultades, mayores facilidades y, en vez de disminuir, aumentarán.

Bajo su nueva bandera, con una nueva imagen política, seguirán operando activamente en nuestro Mar Presencial.

Creo que el peligro de un enfrentamiento

entre superpotencias, como probabilidad puede haber sido minimizado, pero como posibilidad no puede ni debe ser descartado.

Creo que es nuestra obligación seguir preparándonos y desarrollando las capacidades para defender nuestros intereses nacionales.

El peor escenario que puedo plantear es que Estados Unidos, soberbio y adormecido por el éxito que está disfrutando, disminuya su presencia en el área y su apoyo a nuestro desarrollo, minimizando nuestro factor de fuerza ante una amenaza que, bajo otra bandera, seguirá latente.

Al respecto, un análisis de la actual situación mundial no estaría completo si a lo expuesto por el Secretario de la Armada de Estados Unidos no fueran agregadas algunas reflexiones sobre los efectos que la multipolaridad tendrá a futuro en el establecimiento de un nuevo orden mundial.

¿La multipolaridad, aumentará o disminuirá la seguridad del mundo?

Los estudiosos que defienden la posición de que la multipolaridad disminuirá la seguridad mundial argumentan que mientras el mundo era bipolar no había lugar para que otras naciones expandieran su poder, porque los espacios estaban ocupados.

A medida que una nación se debilite y se produzca un relajamiento en la tensión, poderes emergentes tratarán de ocupar los “espacios de los vacíos de poder”. ¿Alemania?, ¿la Comunidad Económica Europea?, ¿Japón? Estos fatalmente crearían áreas de fricción por la expansión de sus intereses, en contraposición a los de otras naciones.

Bajo este prisma no hay que olvidar que el 97 por ciento del comercio de nuestro país es efectuado por la vía marítima. Para su supervivencia, Chile depende vitalmente del mar.

Como decíamos, la multipolaridad tendería a disminuir la seguridad mundial o, por lo menos, no va a garantizar absolutamente que vamos a tener una nueva era de paz mundial. Esto aumenta la importancia de las alianzas, de asociaciones entre las naciones con intereses comunes, para crear poderes disuasorios contra la tentativa de “poderes emergentes” que amenacen nuestros intereses.

¿Cómo puede el país neutralizar las amenazas que pueden surgir contra su comercio exterior como efecto de conflictos regionales a futuro?

¿Cómo asegurar el flujo expedito de nuestras exportaciones e importaciones en las diferentes áreas del mundo con las cuales comerciamos?

Al respecto, deberíamos reflexionar y analizar la posibilidad de establecer o de formar parte de un nuevo sistema, de asociaciones o conferencias de países marítimos con intereses comunes.

A lo mejor, esta proposición no sólo nos llevaría a readecuar las relaciones de seguridad con Estados Unidos, sino que integrar un sistema de seguridad colectiva con países europeos, asiáticos y, en particular, con aquellos ribereños del océano Pacífico.

Los hombres pasan, los Gobiernos cambian; los imperios caen, pero los intereses vi-

tales de los pueblos no desaparecen, sólo se readecuan a la nueva situación.

La estrategia marítima es permanente; sus enseñanzas seguirán válidas, sin importar si los depredadores usarán bandera roja o tricolor.

No cometamos el error de creer que ha comenzado la era utópica de la paz mundial.

Tenemos un aparato defensivo apenas capaz de apoyar nuestra posición en el concierto de las naciones.

Perder tal capacidad es muy fácil; recuperarla es muy difícil. La historia nos ha dado duras lecciones.

No bajemos la guardia.

